

Cuentos & Cuentistas

Argentinos jóvenes... la madre que los parió

Bartolomé Leal desde Santiago

Debo confesar que en general me repelen un poco las antologías de cuentos. Suelen mostrarse tan arbitrarias y equivocadas, que más que orientar, desvían la atención; y a menudo hay que tragarse prólogos penosos. Pero hay algunas que se salvan y permiten aproximarse a universos literarios desconocidos (por ignorancia, claro), teniendo en cuenta que a lo mejor, el transcurso del tiempo las va a descalificar, como a tantas otras antologías; o bien va a confirmar la justeza de la selección.

Pues no vacilo en reconocer el valor de la presente antología que comento, *In fraganti. Los mejores narradores de la nueva generación escriben sobre casos policiales*, selección de Diego Grillo Trubba, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007. Por tratarse de una antología temática, despierta mayor interés. Me ha permitido, al menos, constatar tres cosas: 1) que la energía de las nuevas generaciones de narradores argentinos es potente, que ellos y ellas buscan no desmerecer frente a sus mayores; 2) que no se trata de una literatura de salón, que rehuya las problemáticas sociales y políticas de su país; y 3) que se mantiene fiel a una tradición del género negro, a menudo con toques fantásticos, de cabal solidez en Argentina.

No es raro que en una antología uno diga: si se encuentra un puñado de autores fuera de lo ordinario, ya valió la pena. Y quisiera rescatar a media docena de narradores de los 21 incluidos en la antología, a quienes me voy a referir más en detalle, sin perjuicio de la mención de los demás. Son nombres para retener porque, al menos yo, quiero leerlos más en el futuro; y sobre todo, espero que no dejen de escribir.

En primer lugar Mariana Enríquez (Buenos Aires, 1973). Su cuento, "Ángel de la Guarda", que abre el volumen, es un brutal descenso a los infiernos de la locura y la miseria de la crisis argentina que tanto golpeó a ese país desde fines de los 90 y que todavía depreda. Enríquez es implacable con las lacras sociales nacionales, lo que ya había mostrado en su soberbia

novela *Cómo desaparecer completamente* (2004), un sórdido drama en una villa marginal donde campean la droga y el abuso; y donde la policía no osa penetrar. Pero los toques de locura y misticismo acercan su cuento al género fantástico. Su estilo ha sido por eso calificado de lumpen-gótico, un apelativo que le calza. Una refinada prosa coloca a Enríquez a la cabeza de la nueva narrativa argentina, lo que combina con su labor de periodista y comunicadora. Un magnífico comienzo de la antología y su punto más alto.



El segundo cuento no decepciona. Se titula "Matador" y su autor es Leonardo Oyola (Buenos Aires, 1973). Cuento carcelario y futbolero, cualquiera podría pensar que estamos en el terreno viscoso de los estereotipos cinematográficos o porteños, pero el relato se mueve firmemente para darnos un vistazo a ese microcosmos del penal, que tan a menudo es alegoría de la realidad real. "Yo sólo era carne fresca cuando entré", así se inicia el cuento, reforzando el título y anticipando los frisonés del descuartizamiento, donde las prácticas (homo)sexuales de la cárcel y la crueldad policial no dejan de ser parte de ese matadero alegórico. El partido de fútbol que da marco al brutal enfrentamiento entre presidiarios provoca escalofríos por su crudeza, y admira por su elegante desarrollo escritural. ¿Referente? James Ellroy sin duda. Oyola es un escritor más que seductor, a quien también hay que seguir.

“Fuego chino” de Juan Terranova (Buenos Aires, 1975), un autor bien considerado entre los nuevos valores de la narrativa argentina. Un cuento extraño a los lugares comunes del género negro, aunque con guiños a Hammett y a Woolrich. Un mundillo (ya que no un mundo) de chinerías, de supercherías, de chucherías. Un investigador que sufre visiones y que se despista completamente, hasta que llega al meollo por puro azar: lotería china. Subhistorias se entrecruzan en el relato, como cajas chinas. “Cada uno se construye una China a su medida”, pontifica el narrador. La trama se resuelve (o tal vez no) misteriosamente, como se inició. Enigma chino. El conjunto y los detalles dejan inquieto: ¿dónde está el truco, el pase de magia? Bastante enjundia para un cuento que no pasa desapercibido.

“La puerta de bronce” de Anna Cecchi (Buenos Aires, 1977) marca otro de los puntos altos de la antología. Catamarca (la de los paisajes con distintos tonos de verde) es el escenario de una agresión pedófila real que tuvo mucha prensa (como otros casos de la antología), el cual es recreado en elipsis, sin menciones directas, un acercamiento y alejamiento entre la víctima (“la chica de nombre triste”) y su indirecto victimario, una relación de muchos matices, en medio de esa placidez provinciana paradigmática. Un cuento sutil, hábilmente construido, inteligente; ajeno a truculencias, estilísticamente desvaído como una vieja fotografía. Lo anoto como otro acierto de la antología.

“Los príncipes” de Hernán Vanoli (Buenos Aires, 1980) es un cuento espeluznante, cuya carga de escenas truculentas y seres deleznable, como cafiches malvados, travestís llorones, drogadictos de alto nivel, policías corruptos, familias decadentes y otros modelitos, mantiene al lector en vilo. No es lectura grata pero la prosa fluye y trepida. Los temas y subtemas se sostienen en una armazón coherente que desemboca convincentemente. Otro punto alto de la antología.

Juan Diego Incardona (Buenos Aires, 1971) con “El Oreja” completa para mí la media docena de cuentos superiores de la antología *In fraganti*. Magistral en su escalofriante recreación de un presidio patagónico de los años 40, conocido como la Cárcel del Fin del Mundo, que es lo más cercano a la antesala del infierno cuidada por guardias extranjeros cuyo único idioma

es el garrote. Describe las amargas hazañas de un asesino deforme, enano maldito, torturador de niños y animales, que termina linchado por los reclusos. Para leer y releer.

Hay otros cuentos también notables, o al menos dignos de leerse, en esta antología. Temas recurrentes son la pedofilia, la delincuencia, el psicoanálisis, el travestismo y el transformismo, los crímenes domésticos, las mafias urbanas, el horror rural... Un fuerte cóctel argentino. Una muestra de vigor artístico en clave negra; y de que el miedo sigue habitando por allá. Aunque, ojo, no porque éstos sean los temas, todos los cuentos son tan buenos. Pero el conjunto se disfruta, sin duda alguna.

Los demás autores incluidos son: Romina Doval, Alejandro Parisi, Diego Erlan, Julián Urman, María Molteno, Maximiliano Matyoshi, Pablo Alí y Violeta Gorodischer. Como se ve por los autores reseñados, son casi todos de Buenos Aires y abundan las dedicatorias de unos a otros. Una verdadera comunidad de hijos e hijas de sus respectivas madres; sobre todo a juzgar por los prontuarios delictuales (medio en broma) que se ellos y ellas gastan, según las notas biográficas que complementan la antología. Todos son bastante blogueros, agregó, es cosa de buscarlos en la red.

Como colofón, en recuadro va una propuesta de decálogo del policial argentino que da para pensar; y por eso lo comparto con los lectores de La Ramona.



Decálogo del relato policial argentino

1. El crimen lo comete la policía.
2. Si lo comete un agente de seguridad privada o –incluso– un delincuente común, es por orden o con permiso de la policía.
3. El propósito de la investigación policial es ocultar la verdad.
4. La misión de la justicia es encubrir a la policía.
5. Las pistas e indicios materiales nunca son confiables: la policía llegó primero. No hay, por lo tanto, base empírica para el ejercicio de la deducción.
6. Frecuentemente, se sabe de entrada la identidad del asesino y hay que averiguar la de la víctima.
7. El principal sospechoso (para la policía) es la víctima.
8. Todo acusado por la policía es inocente.
9. Los detectives privados son indefectiblemente ex-policías o ex-servicios. La investigación, por lo tanto, sólo puede llevarla a cabo un periodista o un particular.
10. El propósito de esta investigación puede ser el de llegar a la verdad y, en el mejor de los casos, hacerla pública; nunca el de obtener justicia.

Carlos Gamerro (*)

(*) Escritor argentino. Autor de “Los que vieron pasar al rey” y “Las hamburguesas del mal” (cuentos, 2003) y *La aventura de los bustos de Eva* (2004).